

En el mundo de los negocios y el emprendimiento, cada cierto tiempo escuchamos historias de personas que, gracias a su esfuerzo individual, logran sacar adelante una idea y hacerla escalable. Admiro la resiliencia, visión y energía de quienes se atreven a emprender, pero creo que, en este rubro, existe algo mucho más poderoso que el talento individual: la fuerza de lo colectivo. Emprender no es -o no debiera ser-, un camino solitario. Muy por el contrario, cuando compartimos desafíos con otros, conversamos, pedimos ayuda, colaboramos, nos equivocamos juntos y aprendemos en comunidad, el camino no sólo se hace más llevadero, es también más rico, generoso y sostenible.

Por eso me hace tanto sentido iniciativas como Valor Pyme de BCI o CEmprendedor, que nacen para convertirse en plataformas relevantes de apoyo para las pequeñas y medianas empresas del país. Además de entregar herramientas, asesorías y capacitaciones de calidad, ambas ponen en el centro algo que me parece clave:

la construcción de una comunidad entre emprendedores. Cuando esto ocurre, pasan cosas mágicas. Las personas comparten aprendizajes, se generan vínculos reales, se activan redes de colaboración y se fortalece el ecosistema como un todo.

Llevo varios años siendo parte de este camino del emprendimiento y puedo decir con certeza que nada duradero se construye en soledad. Lo he vivido desde muchos espacios de colaboración que han nacido con

D un propósito común: hacer que otros también puedan. Es ahí donde se generan los verdaderos círculos virtuosos. Cuando uno crece, invita a otros a crecer.

Cuando uno aprende, comparte esas enseñanzas e integra a su vez nuevos conocimientos, porque lo bueno de una red bien conectada es que tiene la capacidad de multiplicar valor.

Por eso creo que iniciativas como Valor Pyme deben ser celebradas y, sobre todo, replicadas y potenciadas. Necesitamos más plataformas que acompañen a los emprendedores desde el propósito, que se preocupen

Redes colaborativas



María Elba Chahuán
Unión Emprendedora

del negocio, pero también de las personas que están detrás de cada propuesta, y que se visualice el éxito más allá de lograr una meta financiera, sino hacer comunidad, construir con otros, devolver la mano.

En un país como el nuestro, donde la desigualdad sigue siendo una barrera real para muchas personas que sueñan con emprender, las redes colaborativas son también una forma de democratizar oportunidades. Si trabajamos juntos (empresas, ins-

tituciones, sector público y privado) podemos diseñar un ecosistema más justo y más humano.

Ojalá las empresas e instituciones puedan mirar este ejemplo y crear más espacios así. Y a quienes están emprendiendo, les digo: busquen su comunidad. Conéctense, colaboren, compartan. Porque cuando lo colectivo se activa, se enciende la posibilidad de transformar nuestro entorno y conocer de primera mano el verdadero espíritu del emprendimiento.